

caja 2 (15-2)

¿Para qué sirve la cultura?

RAMON ESCOVAR SALOM

El de cultura es uno de los conceptos más confusos que hay ahora en el mundo. Primero, porque, en términos latos, cultura es todo lo que no es natural, es decir, lo que el hombre hace y deshace, sus herramientas de trabajo, sus modos de sentir y de vivir. En un sentido menos amplio, cultura es lo que acumula el espíritu y lo que se expresa a través de la palabra hablada o escrita, de la plástica y de la música. En una acepción también restringida, la cultura es lo que se opone a la barbarie. Cuando Hitler perseguía a los científicos y a los intelectuales, cuando el totalitarismo prohíbe libros o circulación de ideas, cuando la Inquisición buscaba herejes en todas partes, todo eso ha sido y es un atentado contra la cultura.

En otro ámbito, la cultura es un medio de preservar valores, de articular comportamientos, de expresar el sentido crítico de la sociedad. En el orden personal, la cultura es aquello que se conserva después de haber olvidado lo que se ha aprendido. Cuando se ve un cuadro, se lee un libro, se oye música, se mira una escultura o una forma, hay algo que permanece. Esa suma inconsciente e invisible es lo que integra la

cultura de un hombre. Es lo que queda después de que se olvida.

Las diversas formas de barbarie son adversarias históricas de la cultura. Pero también algunas de las más prestigiosas técnicas de la civilización. De allí que sea urgente, como nunca, establecer un deslinde y empeñarse en aclarar una materia que es de las más vitales de la sociedad contemporánea.

En muchos países los presupuestos para la cultura suelen ser muy modestos. En el patuá de la tecnocracia, que es, por cierto, de los más aburridos y monótonos y de creciente y comprobada esterilidad, la cultura es de las materias más despreciadas y despreciables. No se la toma como una cosa seria porque aparentemente no tiene contenido económico.

Ha sido el Japón donde más rápidamente se ha reaccionado contra esta perversión del entendimiento. Un país de acelerado crecimiento, de formidable capacidad de innovación y de adaptación, se está abriendo a la comprensión de temas más vastos que desbordan los enjutos campos de la gerencia tradicional. Un buen *manager* necesita ser un hombre de cultura que sepa

historia, que entienda los procesos sociales, que asimile los movimientos de la plástica, de la literatura y de la música, y que no tenga miedo al estudio de las ideas. Para enfrentarse a una crisis económica mundial, los japoneses no se han vuelto hacia los limitados y escuetos miradores de la tecnocracia, sino que intentan saltar por encima y situarse en el centro de la perspectiva cultural del mundo. Para hacer negocios estables con ambición planetaria es preciso entender la geografía, la historia de los pueblos y penetrar más profundamente en el análisis de las sociedades. Hay mayores riesgos económicos en aquellos países cuya historia no se conoce o no se entiende. Por esto el conocimiento adquiere un valor práctico y puede ayudar a la productividad en escala mundial.

Una política cultural sana, en cualquier país de hoy, tendría que estar orientada hacia la movilización de los recursos propios de la mente humana y no al adormecimiento de sus potencias. Es seguramente de los programas menos costosos y más adaptables a los medios económicos limitados de que disponen, por la crisis actual, la mayor parte de los países.